

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta

CONTRA UN SOFISMA

La injusticia social es muy antigua. La protesta consiguiente tampoco es moderna.

El sofisma para excusar la una y atenuar la otra para que continuaran las cosas en tal estado debió ser su contemporáneo.

Ya un sabio de la antigua Grecia, que hubiera querido abolir la esclavitud, faltándole quizá sabiduría y energía para anteponer la justicia a la conveniencia, dicen que dijo: «La esclavitud no puede desaparecer hasta que las herramientas se forjen por sí solas, las mieses se almacenen en el granero sin la intervención del hombre, los telares nos den espontáneamente la fibra convertida en ropa y todas las necesidades de la vida humana se satisfagan sin trabajar.»

¿Se ha de trabajar? Pues el trabajo, como imposición maldita, exceptuándose de él los privilegiados, queda para los inferiores, los desheredados, los esclavos, los siervos, los jornaleros.

Pasaron muchos siglos hasta que la lógica hizo decir a un revolucionario en la Convención: «Piérdanse las colonias, pero sálvense los principios.»

Mas ese grito puramente humano lanzado por un burgués no podía tener eco en la burguesía, y si después esa clase vencedora contra sus opresores ha querido detener en beneficio propio el movimiento eterno, ahí está, para contrarrestar tan torpe propósito y continuar la vida, el proletariado presentando, cada vez con mayor energía, sus legítimas reivindicaciones.

Porque ello es que lo que aquel sabio de la antigüedad pedía como un milagro de realización imposible, se ha realizado con creces, hasta el punto de que, para unos 1.600 millones de habitantes que cuenta nuestro globo, tenemos ó debiéramos tener a nuestra disposición, porque existen, más de 2.000 millones de fuerzas humanas artificiales, que son como 2.600 millones de obreros de hierro animados por el vapor, la electricidad, el aire comprimido, etc., que con un trabajo mínimo de dirección y vigilancia sirven con asiduidad y esmero al consumidor.

Y ese señor consumidor, en cuanto hombre, eres tú, lector, por pobre que seas, con tanto derecho como cualquier privilegiado; y en concepto de trabajador, con mucho más derecho que ningún holgazán explotador.

La profecía del sabio griego no se ha realizado: el trabajo se hace mecánicamente, pero la esclavitud no ha desaparecido.

Ni porque se haya predicado que hemos de amarnos como hermanos, ni porque una revolución triunfante haya proclamado que todos somos iguales, ni porque la fuerza artificial productora se haya multiplicado maravillosamente, ni porque esté probado por la estadística que, dada la producción general, tocamos cada ser humano a tres raciones alimenticias y a cinco raciones industriales, nada destruye la iniquidad social; en la misma lista nacional de los ciudadanos constan el millonario y el hambriento.

Semejante desequilibrio necesita un fuerte contrapeso, y ese contrapeso lo constituyen el temor a la fuerza y el crédito a la mentira.

Fuerza pública para contener al que protesta, sofismas para engañar al que juzga, y la cosa insostenible se aguantará siglos.

No quiero hablar hoy de la fuerza.

Me ha impresionado un artículo titulado «La Revolución», publicado en el *Heraldo de Madrid* con la firma de Morato, y he sentido necesidad de decir algo sobre sofismas. ¿Qué? Diré como los que proponen ciertos acertijos: ya queda dicho; que el lector lo desentrañe.

Para mí, una de las cosas más perniciosas respecto de asuntos sociales, consiste en que algunos individuos, —burgueses ó aburguesados, y peor cuando siguen llamándose obreros, y archi-peor si gozan fama de obreros ilustrados,— se den título de maestro y enseñen a la multitud, a la masa, y lleguen a escribir cosas por el estilo de esto que se lee en el citado artículo:

«Hay que decir a los obreros que ninguna clase social debe intentar una revolución mientras no sea la clase más fuerte; y no ya por su ideal, sino por su superior inteligencia, por su mayor moralidad, y esto no de un modo relativo, sino absoluto.»

MUY IMPORTANTE

TIERRA Y LIBERTAD no se ha publicado desde el 21 del pasado Mayo. El día 23 del próximo Julio haremos el octavo reparto a los presos, distribuyendo la cantidad total que para ellos hayamos recibido, si los corresponsales pagan cuanto nos adeudan: en el caso de que éstos no paguen por completo, repartiremos el máximo de la cantidad que hayaamos podido recoger.

Solicitamos, pues, de éstos, por última vez, abonen lo que adeudan a esta Administración, puesto que de ellos depende el que los presos reciban lo que les pertenece y necesitan, y la vida del periódico.

Si recibiésemos dinero suficiente para no interrumpir la publicación del periódico y para reponer el dinero de los presos, mucho mejor; si no lo recibimos, el periódico no saldrá y lo que habríamos de destinar a su publicación, desde ahora a la fecha indicada, se destinará exclusivamente para hacer el reparto.

Si esta decisión nuestra resulta inútil porque los corresponsales siguen haciéndose los sordos y los compañeros, amantes de TIERRA Y LIBERTAD no nos ayudan, entonces suspenderemos definitivamente la publicación del periódico y en el número del 23 de Julio, que, en este caso sería el último, después de distribuir a los presos el dinero de que podemos disponer, publicaremos un balance general, en el que consignaremos los nombres de los deudores y la cantidad que adeudan, dando así por terminada nuestra labor en lo que respecta a la publicación de TIERRA Y LIBERTAD.

Esta es nuestra última resolución en este asunto.

GRUPO «4 DE MAYO»

Porque el obrero que lea eso y lo crea se pierde para siempre para el compañerismo, para la acción común, para el progreso, para la justicia y queda hecho un desperdicio humano, útil sólo para aquel contrapeso antes mencionado.

Esa afirmación sofística, absolutamente contraria al espíritu de la historia, donde resplandece el valor moral y material de las minorías como únicos agentes progresivos, es peor que el sablazo del civil, el atestado del polizonte, la despedida del burgués ó el lamento enervador de la mujer que tira a uno de la chaqueta para que no se comprometa.

La Enciclopedia, gran obra intelectual precursora y causante en gran parte de la Revolución francesa, diga Morato lo que quiera, la escribieron unos cuantos sabios, y no sólo no brillaba entonces la burguesía en general por su superior inteligencia, sino que hoy, transcurrido más de un siglo, abundan que es un contento los gánzapiros en esa adinerada clase.

El proletariado actual no asiste a la universidad, ni casi a la escuela, pero sabe que es explotado, que se le alambica la vida por medio del jornal, que la acesión es la línea divisoria que rompe la unidad humana para sostener la división de pobres y ricos, y como quiere participación racional en el patrimonio universal, pasa de largo ante consejos impertinentes y tira directamente a romper el equilibrio facticio de la actual sociedad.

No diré que eso sea bastante para el triunfo de la revolución; pero tan lejos estoy de creer en la superioridad intelectual y moral de la burguesía, que tengo para mí que lo que falte de sabiduría a los obreros lo completarán con su torpeza los burgueses.

Y es muy posible que el ideal revolucionario se cumpla sin permiso de quienes miden las grandezas humanas con la pequeñez de sus preocupaciones.

ANSELMO LORENZO

RÁPIDA

«Soy el monstruo Surjo como fantasma; mi vida todo es apariencia. Me cubro con el manto de la civilización, pero soy... ¡oh!»

Todos los absurdos de todas las religiones, todas las ideas despóticas de los tiranos todos, son mi cerebro. Ideas de exterminio, de odio, eso es mi alma. Mi corazón es una roca embarrada de bilis emponzoñada; mi cuerpo todo está formado por carne mutilada y hecha girones, por huesos truncados y carbonizados horriblemente por las torpezas de quienes me precedieron. Tengo sangre de tirano y de esclavo, de ignorante y de malvado; me domina el egoísmo ciego, mi mirada es salvaje.

Todos los vicios de las pasadas generaciones, todos los crímenes que relata la historia del hombre, todos los descarriamientos que ha sufrido la humanidad, todos los deseos que su ignorancia le ha negado haciéndole sentir vergüenza, y su automatismo idiota, me han corrompido. Todo ese montón de promiscuidades me asfixian, repercuten en mi alma como flechetas punzadas de intenso dolor, en mi cabeza siento como si un martinete me lanzase fuertes sacudidas, hácenme divagar en la locura.

Soy el fenómeno abortado por los pasados siglos preñados de horrores, deforme estatus modelada por manos toscas y torpes, mis arquetipos fueron contrahechos, malvados, brutos. Todos mis órganos funcionan torpemente, están atrofiados, careados. Si les hago obrar, siento escalofríos, vértigos de ponzoña; son presagios de mi muerte cierta, inevitable.

La corruptora ignorancia del hombre me tiene por buena; su maldad me defiende contra los innovadores que no se dejan atrapar por mí; contra los que no quieren enajenarse con mi ambiente fétido. Yo, a pesar de tener por partidarios la mentira y la ignorancia hoy imperantes, moriré porque mi vida es aparente.

Para mí no hay remisión; sucumbo, yo sí. La sociedad presente, si digna lo es de tal nombre. Sólo ante los débiles soy fuerte.

LEOPOLDO QUILES.

Pedralva (Valencia).

Buscando un informe

Contestando a las excentricidades del llamado sabio Ramiro Maeztu (y las llamo así por no calificarias de otro modo, que si más lógicas, resultarían más amargas para el autor y sus adoradores), decía mi entrañable amigo A. Lorenzo, al final de su artículo: los muertos que vos matáis... gozan de buena salud.

Ante ese parto infeliz, llamado decreto sobre el terrorismo, se me ocurre aquello: «A quien quise provoqué; con quien quise me batí, y nunca me figuré que pudo matarme a mí aquel a quien yo maté.»

Este debe ser el raciocinio que habrán formado los padres de la fenomenal criatura, humanamente considerada. Si fueran tan hábiles en corregir el mal como lo son para producirlo, podríamos esperar algo que tendiera a modificar, y más que modificar, hacer desaparecer ese producto obsesional.

¿Puede ser considerado y respetado el que desempeña un cargo conferido y sancionado por los que benévolo unas veces, y torpes otras, deben esperar y tienen derecho a esperarlo, todo cuanto contribuya a la tranquilidad y el bienestar, y nunca a disposiciones que no hacen otra cosa que esclavizarlos, embrutecerlos y convertirlos en masa adaptable a la condición y forma que le plazca al déspota elegido?

¿Puede esperarse nada que tienda a dignificar y elevar a la categoría de hombres a esa inconsciente masa, acariciada por los ególatras, cuando así les conviene, y despreciada y maltratada fuera de aquel supremo momento que sin el apoyo del borreguito no se elevaría al pináculo para

descender más tarde con lenguas de fuego, tormentas y pestes que van a parar sobre el pacienzudo borreguito, y que algunas veces aplauden las torpezas del verdugo, que él cree protector a sí mismo?

¿Puede esperarse eficacia alguna del informe, sea de quien fuere, y aunque las ideas verdaderas sean de las llamadas ideas-fuerzas, si los autores del decreto tienen el convencimiento por una parte, que los que podían y debían matarlo son los que ellos han muerto física, moral, intelectual y, lo que es peor, económicamente, y por la otra tienen la audacia y temeridad del bravucón, de no retroceder cuando han dado el primer paso, y no están jamás poseídos de la prudencia del sabio que pone en práctica el cambio de opinión cuando lo cree oportuno?

Después de exponer lo que antecede, para justificar lo dicho al principio por nuestro amigo, y por la asociación de ideas sugerimos lo demás que hemos expuesto del mismo Zorrilla, creémos en el deber de añadir que Maeztu, que creó, a juzgar por las ideas vertidas en el artículo en cuestión, hacer una crítica del sublime ideal anarquista, y una disección del anarquismo, no pasó de la prueba, desgraciada por cierto, y evidente que dicho individuo, por treinta ó cuarenta pesetas de rienda suelta al depósito de embustes, puesto que dijo y afirmó cosas que él no siente, siendo así que carecen de andrésis, y si por complacer al Mecenas se niega a sí mismo con tanta facilidad, espémos ir hacia otra España, conducidos por ese superhombre.

La psicología española la desconocen los gobernantes con des; pero han estudiado una parte de la Ética, la parte morbosa de la voluntad, y de ese estado abúlico han deducido, y es cierta la deducción, que en España faltan clínicas y escuelas cuya enseñanza esté divorciada completamente de dogmas y sistematizaciones, y unida íntimamente con la razón, y como ya se han cuidado de que esto no tome el desarrollo debido los sacerdotes y sus cómplices, de aquí se desprende la ineficacia de toda información, ya sea ésta de Costa y de su Cirujano de hierro.

La amputación no es suficiente; se impone la autopsia.

M. BADÍA

El gato en el corral

Nada me divierte tanto como un gato en un corral. El espectáculo es encantador. El gato es un filósofo distinguido, un pensador, un fabulista.

Observad un poco mi corral, os lo ruego. El dogo que ha velado toda la noche duerme en su perrera. El cerdo gruñe en su pocilga. El conejo es una bestia, el pavo un tonto, el ganso un imbecil; unos ganguean, otros cacarean, todos charlan al azar, sin escuchar a su vecino; la gallina, la muy comadre, envidia a la pintada, que adopta maneras afectadas de extranjera. El pato, ese puerco de la familia volátil, se regordea horrible en la charca. El gallo, ese hidalgo, hace de bravucón, pasea y varía sus aires de capitán y se desvive en solicitudes, en desintereses y galanterías para con su serrallo, como un caballero árabe.

El gato, el gato está en un rincón, en su piel; está abrigado, está serio, está solo, está bien. Ocupa el mejor lugar al sol, no dice nada. Se ausenta por una hora ó dos, para ir a cazar al huerto; a cazar, no como perro, sino como gato; no para los otros, sino para sí. ¿Qué queréis? La vida tiene sus necesidades miserables, hay que comer todos los días; y por otra parte, es un gato honorable y decente que deja los ratones ¡puff! para los tigres de las goteras.

Se ha almorzado, pues, discretamente, en la sombra, un gorrión ó un gilguero; regresa, recobra su lugar, vuelve a echarse, sueña, observa; y siempre, en todos sus movimientos y en todos sus actos, muestra, para el grosero círculo en que se halla, esas maneras de buena compañía, esa reserva, esa cortesía ligeramente irónica, ese casi desdén indulgente, esa benevolencia de garras escondidas, esa superioridad velada, esa resignación elegante, ese egoísmo sabio, gracioso y socarrón de un hombre de ingenio extraviado en una reunión de imbeciles.

VICTOR HUGO

De mi interior

Para propagar una teoría, no basta con escribir y hablar, es necesario que su mismo autor la practique por mediación de sus actos individuales, pues así en esta forma el público no puede dudar de su eficacia.

Toda idea sinceramente pensada y sentida que nace del mismo individuo, es buena; puesto que lo natural es innegable.

Del hombre sin fe, nada puede esperarse, pues nunca puede tener firmeza en sus obras, ya sean colectivas ó individuales.

ERNESTO QUERRALT MÁS